

## INTERNACIONAL

Las fuerzas ultras ganan terreno en el continente, donde un 17% del electorado las apoyó en las últimas elecciones

KIKO LLANERAS / ANDREA RIZZI  
Madrid

La galaxia de partidos europeos de ultraderecha disfruta hoy de su máxima popularidad en cuatro décadas. Tras los notables resultados del grupo de Marine Le Pen en las elecciones francesas de primavera y los recientes éxitos en Suecia e Italia, las formaciones del extremo ideológico situado más allá de la familia de los populares suman un 17% de los votos, una de cada seis papeletas.

El proyecto PopuList —en el que participan decenas de académicos— ha catalogado a los grupos de extrema derecha en Europa. Se trata de una nebulosa de grupos con distintos matices, pero aunada por comunes valores nacionalistas, identitarios y conservadores. EL PAÍS ha elaborado un análisis de los votos conseguidos por los partidos así etiquetados en las elecciones de una treintena de países del continente.

En los años ochenta, estas fuerzas radicales no lograron más del 4% de los votos. Fueron subiendo hasta alcanzar el 8% entre 2007 y 2010, y siguieron al alza con la crisis migratoria de 2015. A lo largo de 2022, la extrema derecha ha vuelto a dar un salto adelante.

En Italia, el 26% cosechado por Hermanos de Italia permitirá, con toda probabilidad, que un partido de ultraderecha encabece por primera vez en la historia reciente un Gobierno en la Europa occidental. Junto a los socios de La Liga, la derecha radical obtuvo el 35% de los votos. Los Demócratas Suecos lograron un histórico *sorpaso* a los Moderados, afiliados al Partido Popular Europeo, con más de un 20% de los votos. Le Pen y su partido obtuvieron resultados inauditos en las recientes presidenciales (41% en la segunda vuelta) y legislativas francesas. Viktor Orbán ganó en abril por cuarta vez consecutiva en Hungría, aunque la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa consideró que los

Nacionalismo, identidad y nostalgia ejercen una atracción transversal

En los ochenta, los radicales no lograron más del 4% de los votos

comicios fueron libres pero no justos, por distorsiones propiciadas por el Ejecutivo.

Este auge es el producto de una larga acumulación de descontento. Christophe Guilluy, geógrafo francés que lleva años estudiando la cuestión, cree que hay un factor central: “Lo que ocurre hoy es la consecuencia de decisiones económicas tomadas en los países occidentales desde los ochenta, elecciones de globalización, de deslocalización del trabajo. No se comprendió que esas decisiones desestabilizarían la particularidad de Occidente, una clase media mayoritaria, integrada económicamente, y por tanto culturalmente y políticamente”.

Buena parte de esa clase media se ha venido abajo, o tiene

una sensación de insatisfacción, riesgo o retroceso. Siente un profundo disgusto, incluso cólera, hacia el *establishment* político, financiero, cultural, y ve en las propuestas de ultraderecha una posible solución a sus problemas.

Giovanni Capocchia, profesor de política comparada en la Universidad de Oxford que desarrolla un proyecto sobre democracia y extrema derecha, coincide en la necesidad de observar el fenómeno con un amplio marco temporal. “Los partidos de derecha radical están en crecimiento desde hace 30 años. Se detecta en términos generales un cambio de opinión que los normaliza y los hace mucho menos tabú que antaño”. Su normalización en la sociedad, facilitada por otros partidos que han comprado sus argumentos, ha conducido a una participación cada vez más frecuentes en gobiernos. Para gran parte de la población, son una opción más, como otras.

Desde 1980 ha habido unos 70 gobiernos europeos con partidos de extrema derecha. Por ejemplo, Berlusconi nombró ministros de Alianza Nacional en 1994 y fuerzas que los académicos de PopuList clasifican como extrema dere-



**Fotografías de líderes de la ultraderecha.** Desde arriba a la izquierda y en sentido de las agujas del reloj, Giorgia Meloni junto a Santiago Abascal; Matteo Salvini; Le Pen; Steve Bannon y Viktor Orbán, en imágenes de sus redes sociales.

OPINIÓN / SERGIO DEL MOLINO

## Hay que estar en vilo

Se pregunta Fernando Savater en su última columna si sería una catástrofe irremediable que Giorgia Meloni tuviera una ideología fascista, y a quienes ya nos parece una catástrofe irremediable nos cuesta entender que se plantee en subjuntivo y condicional. “Llamar ‘fascismo’ a lo que sale de las urnas legalmente utilizadas parece un poco exagerado, ¿no?”, plantea Savater, con un argumento que

podrían aplaudir quienes organizaron el referéndum ilegal de independencia de Cataluña en 2017. Tal vez llamar fascista a Meloni sea impreciso o anacrónico, según lo fino que hilen los politólogos e historiadores de guardia, pero no exagerado: Hermanos de Italia lleva en su logotipo la llama del Movimiento Social Italiano, el partido fundado en los rescoldos de la República de Saló y heredero orgánico e

ideológico del Partido Fascista de Mussolini, y en los mítines y liturgias de la formación de Meloni se han visto retratos del Duce, brazos en alto y exaltaciones del *squadrismo*. Si un ave vuela como un pato, nada como un pato y grazna como un pato, ni el más quisquilloso de los ornitólogos nos reprochará inferir que es un pato.

Que un espécimen así gobierne en una democracia europea

debería poner en vilo, en primer lugar, a los demócratas que nos han enseñado a serlo a los demás, y en España ha habido pocos maestros tan luminosos y valientes como Savater. Si muchos estamos en vilo, en parte es porque aprendimos de él —en sus textos, en su humor, en su militancia corajuda y en su empeño por asentar una educación para la ciudadanía— que una democracia debe actuar en defensa propia. Ya sobran los motivos para la inquietud desde una perspectiva hipotética, pero a estas alturas del siglo las hipótesis que se formulan en condicional y en modo subjuntivo han sido superadas por la experiencia del

presente de indicativo y del pretérito imperfecto: hemos visto ya unas cuantas barbas de vecinos peladas y sabemos con certeza que el daño que estas nuevas derechas (derechas radicales, ultraderechas, nacionalpopulismos o xneoposfascismos, como los llama Paolo Flores d'Arcais) infligen a la democracia es hondo. Que sea o no irreparable depende de cómo reaccionemos los demócratas.

Se apoya también Savater en lo empírico para argumentar su encogimiento de hombros ante la amenaza meloniana: “Si aquí sobrevivimos a ministros y políticos como Pablo Iglesias, Irene Montero, Yolanda Díaz, Alberto